

art buchwald

LOS OBSERVADORES DE JACKIE

MUCHO se ha escrito acerca de los observadores de la situación china, de los de la rusa y hasta de los observadores de Johnson, pero muy poco se ha hablado de los observadores de Jackie, esas perseverantes almas anónimas encargadas de seguir cada movimiento e interpretar cada hecho de la vida de la señora Jacqueline Kennedy. Nadie sabe cuántas de esas almas anónimas existen, aunque de cuando en cuando se ha citado la cifra de "más de cinco mil". Por casualidad y buena suerte me encontré un día en el "cuarto de Jackie" de una de las principales agencias informativas mundiales. Se había organizado siguiendo el modelo del "salón de guerra" del Pentágono, con un mapa del mundo en relieve en una pared y un amplio balcón al otro lado, desde el que los jefes y otros funcionarios del servicio podían seguir los movimientos de la señora Kennedy en sus viajes.

Cuando llegué estaban siguiéndola a lo largo de un mapa de México hacia Yucatán. Un hombre con audífonos estaba dictando al que trabajaba sobre el mapa:

—Se encamina hacia las ruinas de Uxmal, en Mérida. Luego irá a las selvas del Palenque para visitar unas ruinas mayas recientemente descubiertas.

El jefe principal fumaba nerviosamente y preguntó:

—¿Cuántos fotografías tenemos en Yucatán?

—Ciento cincuenta —respondió su auxiliar.

—Sería mejor enviar otros setenta y cinco para estar seguros...

—Pero, jefe —dijo un teniente—, eso nos dejaría cortos en caso de que decida ir a México D. F.

—Siempre podríamos enviar la reserva que tenemos en Los Angeles.

En ese momento entró un hombre trayendo un cablegrama. El teniente lo leyó en alta voz y exclamó:

—Santo Dios, lord Harlech acaba de salir de su residencia en Gales y parece que se dirige a Londres.

Un modelo en madera de lord Harlech fue empujado lentamente de Gales a la capital británica. Un auxiliar preguntó muy excitado:

—¿Qué cree que significa esto?

—Veamos. Si ella va a visitar ruinas mayas en México y él se dirige a Londres, podría ser que intenten reunirse aquí —y señaló un punto en el mapa.

—¿En las islas Virgenes?

—¿Por qué no? Sería una manera de despistarnos. Mejor será que envíen cuatrocientos fotografías y doscientos reporteros al Caribe, por si acaso...

—Sí, señor.

El jefe estudió de nuevo el mapa y preguntó:

—¿Dónde están John John y Caroline?

—Están todavía en el piso de Nueva York. No se han movido en tres días.

—Muy sospechoso... Más vale que dupliquen el número de fotografías que los observan. ¿Se sabe algo de la princesa Radziwill?

—Un reportero de "Life" la vio ayer comprando vestidos en Givenchy.

—¿Algún traje de novia?

—No, señor.

—No me gusta nada esto... ¿Por qué se dirige a Londres lord Harlech ahora? ¿Y por qué no fue Jackie a esquiar a Sun Valley, en lugar de ir a Yucatán?

En esto llegó otro auxiliar y dijo:

—Teddy acaba de partir en dirección a California...

El jefe encendió un nuevo cigarro:

—Esa puede ser una táctica de diversión. Pero más vale estar alerta. Si es una falsa alarma resultará un buen ejercicio para las tropas, pero si es lo que tememos tendremos una buena noticia para la primera página del "Women's Wear Daily".

(Copyright 1968, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Service-Agencia Zardoya.)



Junto a ellas, Alain Delon —excelente actor siempre— aparece como borrado, no sólo porque el personaje sufre la dominación constante de las dos mujeres, sino porque ellas poseen una presencia física mucho más convincente. Nunca ha estado mejor Jane Fonda que en esta película. Tras ella vendría su etapa con Vadim, que ha sido sumamente perjudicial, y de la que sólo se ha liberado parcialmente gracias a sus interpretaciones en varias películas americanas, escapando a la tutela del mediocre director francés. Jane Fonda

tiene la suficiente dosis de magnetismo erótico —más un extraordinario talento dramático— como para hacer de su personaje de Melinda una de las figuras más inquietantes del cine contemporáneo. Escenas como la de la comida en la cocina o el plano final, cuando se dirige al encuentro de la policía, bastarían para acreditar a Jane Fonda como una actriz de consumada sensibilidad: por no citar el momento en que provoca al hombre encerrado, situación memorable en los anales del cine erótico. ■ J. G. D.

UN VIENTO ANARQUIZANTE

El heredero de Preston Sturges

La comedia americana está en crisis. Una crisis que ya va durando demasiados años, hasta el punto de hacer pensar si no se tratará de un género que ha perdido su viabilidad en función de las coordenadas históricas del país que es su cuna, tan diferentes hoy de las que existían en los tiempos que la vieron nacer, allá por los años treinta. Los que fueron considerados sus maestros indiscutibles, con Capra a la cabeza, no resisten, o resisten mal, la revisión. Buena prueba de ello es la reciente reposición de «Vive como quieras», un increíble éxito en su tiempo, y que ha pasado ahora en la más absoluta indiferencia. Por ello resulta agradable encontrarse con la relativa sorpresa —relativa porque no era imprevisible y porque tampoco se trata de una obra maestra— que supone «Un fabuloso bribón», el film de Irvin Kershner que acaba de estrenarse. Ya su película anterior, «Un loco maravilloso», que sirvió para la presentación en Hollywood de Connery-Bond, suponía un soplo de aire fresco, algo bastante insólito en el cine americano del momento. Circulaba por ella un viento anarquizante, un inconformismo «enragé» que se traducía no sólo a escala de guión sino también en la realización, en el «parti pris» de rodar en escenarios naturales, en la dirección de actores, al margen de las normas de sofisticación vigentes tradicionalmente en el género. Ahora, en el film recientemente estrenado, confirma las esperanzas de aquella primera obra.

Y reanuda no con Capra, sino con el que indudablemente fue el más personal de los especialistas de la comedia americana, Preston Sturges —«Las tres noches de Eva», «Navidades en julio», cuyo mejor film, «Sullivan's travels», nunca llegó a pantallas españolas. Una América insólita por cotidiana, rural, triste y pacata es puesta en solfa a través de dos fuera de la ley, timadores, ladrones de ocasión y uno de ellos desertor, que se mueven por el país burlando a una policía estúpida, despojando de su dinero a granjeros y comerciantes ambiciosos, hasta un final sólo aparentemente acomodaticio, desmentido en cuanto tal por el último plano del film, en el que «el viejo» —un personaje semifantástico espléndidamente compuesto por ese gran actor que es George C. Scott— sigue adelante en su libre vagar que puede licitamente considerarse indefinido. Unos elementos abundantemente utilizados por el cine y la literatura de los años siguientes a la depresión vuelven a aparecer en toda su vigencia, dando al film una dimensión nostálgica que no hace sino aumentar su dimensión crítica. «Un magnífico bribón», si no es, ni mucho menos, una obra imperecedera, sí es un film que se ve con agrado y que hace pensar que, con hombres como Kershner, y a pesar de sus limitaciones, no está perdida toda posibilidad de independencia en el cine industrial americano. ■ C. S. F.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Chumy Chómez, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antoni Javaluyes, R. López Goicoechea, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifre y Archivo.